



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 11080

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Peninsula.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MARTES 11 DE OCTUBRE DE 1898

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Casimartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

ACADEMIA PREPARATORIA

PARA TODAS LAS CARRERAS ESPECIALES ESTABLECIDA EN EL COLEGIO DE S. ISIDORO

á cargo de los señores D. Adrián Riebra, comandante de Artillería y Doctor en Ciencias Físico-Matemáticas; D. Antonio Gutiérrez, Licenciado en la misma facultad; D. José Serrano y D. José Méndez, Ingenieros de Caminos, Puertos y Canales

El curso empieza el 1.º de Octubre.

15, Balcones Azules, 15

¿DE QUÉ ESCRIBIR?

No pasa nada.

Es decir, como pasar, si pasa algo, pero como si no pasara.

¿No ha dicho el gobernador militar de Manila que reina tranquilidad en Luzón, habiendo allí tantos yanquis y tantos tagalos y tantos españoles prisioneros. Pues de la misma manera que allí no pasa nada digno de mención, porque todo lo que pasa que merece mencionarse lo tenemos sabido y algunos olvidado, aquí tampoco pasa nada.

Salvo que la censura no permita que escribamos de..... esto, de..... lo otro y de..... lo de más allá, hay libertad completa de ocuparse de las fiestas mayores de los pueblos, de las corridas de toros más ó menos benéficas, de las zarzuelas de á perro chico, de las *cofrades* con acordeón y guitarra, y de otras mil cosas de menor cuantía que sería prolijo enumerar.

Lo dicho: no pasa nada.

Y la prueba es que no ha pasado desapercibido ese caso de vomito negro que se ha presentado en el lazareto de San Simón, que quiera Dios que pase como ejemplo único en su clase; porque de lo contrario vamos á pasar las de

Cain, después de haber pasado por tantas cosas que nos abruman y nos sofocan y nos ponen á ratos hechos basiliscos, para caer luego en la cuenta de que no estando en nuestra mano modificar lo que pasa, tenemos que pasar por todo.

Pasa también que los soldados enfermos que hay en Cuba, pasarán prouto el mar en busca de la patria. Pero ¿quién se ocupa de esa pequeñez, que es tanto más pequeña á medida que se compara con otras mayores?

Dentro de poco tomarán tierra, —es decir la pisarán—esos pobres soldados y pasarán por las vías férreas buscando sus hogares, en los que, desde hace tres años, pasan muchas penas un centenar de miles de madres, que pasan el día temiendo y llorando, sintiendo á veces el alma llena de esperanzas y lleno á ratos el corazón de desconsuelo.

Si volvieran todos los que se han ido estos tres años, ¿qué dirían?

Mas no volverán, no; la mitad se quedó en la manigua; cayó bajo el filo del machete mambís en la encrucijada ó en el desfiladero; sucumbió en el hospital; pereció hambriento en la candente sabana. La otra mitad viene anémica, física estenuada por el cansancio y el sufrimiento; pero vendrá

al fin y pasará por entre nosotros como larga procesion de expectros.....

Por lo demás, no pasa nada. Reina tranquilidad en Luzón, en Cuba, en Puerto Rico, en París, en España.....

¿No reinaba el orden en Varsovia?..... Pues aquí también.

Y esa tranquilidad tan *sui generis* nos recuerda el grito puesto por el autor de un drama célebre en boca de un personaje de la obra:

«¡París está tranquilo!
¡Dormid en paz!»

TIJERETAZOS

Dios á «El Diario de Murcia» su corresponsal de Madrid:

«El general Blanco quería que en el momento de embarcar los batallones salieran formados, batiendo marcha y con banderas desplegadas.

El gobierno le ha indicado la conveniencia de que vengan de paisano, y desarmados y empacados.»

De paisano, pase, aunque no sabemos quién proporcionará los trajes.

¿Pero empacados!

¡Aunque fueran los soldados esparto ó algodón!

Tal vez los clasifiquen por clases.

O por nombres.

Y se harán bultos de Juanes y Hos de Antonios y fardos de Franciscos.

Y no será extraño que al llegar á puerto y cohar la carga en tierra, se oiga preguntar á la gente que vaya á recibirla:

—¿Dónde están las *pacas* de los Pa-cos?

Conque empacados ¿eh?

Empacados sí que están algunos corresponsales.

¡Y se les ocurren unas tonterías!

Leemos:

«Debido al buen tiempo, se seguirán haciendo todos los días en la horchatería de Fulano de Tal [el nombre no hace al caso] horchata de almendra y mantecado.»

Yo creo que si en ese establecimiento se sigue haciendo horchata será debido á la almendra, á la nieve y al horchatero.

El buen tiempo no se ha metido jamás en cosas de horchatería y no hay razón para achacarle culpas de otros.

DE AYER A HOY

DOS ANTIGUOS AMIGOS

—¿Quién habla de decir amigo Práxedes que túibas á llegar á la Presidencia del Consejo!

—¿Te acuerdas cuando estudiábamos en las aulas de la Universidad? ¡Oh que tiempos aquellos!

—Tienes razón; que felices se deslizaron para ambos mi querido Calinez; cuántas veces la corrimos juntos.

—Es verdad, y cuántas patronas sacrificáramos ¿eh?

—¡Oh, no me hables de eso; era mi diversión favorita! Entonces no me faltaba humor para nada, hoy me falta ya para todo!

—Es lo que hace la edad amigo Calinez.

—Hoy la nieve cubre mi cabeza, y me encuentro agobiado bajo el peso de los años.

—Y de las picardihuelas... que aunque hasta aquí has sabido ocultarlas, imprimiendo á tu semblante semi-bíblico una sierta expresión de beatitud, lo que es ya...

—Si hmbre, ¡o que es ya me han conocido; habla claro que ahora nadie nos oye.

—Pues bien, si, eso es lo que quise decir.

—Esto es precisamente lo que me apena; porque preveo una caída en la que voy á romperme algo más importante que el peroné. Figúrate á que caída me refiero.

—¡Ah, ya! Pero aquí para internos, te diré que la tienes bien merecida, porque á juzgar por lo que dice la prensa, estás apretando tanto las clavijas que vas á conseguir que salten.

—¡Bah, no temas, no es tan fiero el «león» como le pintan!

—Estás desconocido, amigo Práxedes. Piensas así, tú el nacional que tra-

bajo en pró de las libertades, el demócrata que tanta sangre hizo en la prensa con su acerada pluma, aquel que tanto prometía?...

—¡Bah! riote de promesas, y guíate de mis consejos, que no te irá mal.

—Cuando te propongas conseguir algo prométe mucho; pero no cuemplies nada, cuando lo hayas conseguido.

—¡Buenas máximas, amigo Práxedes!

Si en aquella época de luchas, el gobierno hubiera hecho estas «dilaturas», ¿qué hablerais acordado los revolucionarios que aspirabais á vivir de la política?

—Entonces no había más acuerdos que las harricoidas; ¿pero á qué hablar de esto? aquella época pasó y vino esta, completamente distinta. Aquí era un pueblo dotado de un espíritu efervescente; este es tranquilo. Cada pueblo tiene el gobierno que se merece.

—Vengan esos cinco; ahora sí que me has convenido.

—Buena, amigo Calinez hasta luego que me espera, el «yunque».

—¿A qué «yunque» te refieres?

—¡Que tanto eres, Calinez!

—Dispensa, hombre, no me acordaba que eres marfillo hace un año próximamente.

—¡Ah! oyo y qué me cuentas de «La Iberia»?

—Murio, obispo.

—¿Y sus redactores?

—También ha oido que murieron de inanición.

—¿Y no hiciste nada por ella, ni por ellos.

—Ni por los funerales.

Alfredo RIVERA.

REY Y-MINISTRO

Una revista alemana refiere la siguiente escena, que tuvo por actores al rey de Holanda Guillermo III, muerto en 1890, y su antiguo primer ministro Thorbecke.

El año de la lucha entre Prusia y Francia, 1870, corrió por la capital de Holanda el rumor de que el rey iba á declarar la guerra á Prusia.

Decíase que la declaración había sido redactada por el propio monarca y

LA PRINCESA DE LOS URSINOS

310

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 309

que desempeñaré vuestro encargo á las mil maravillas.

—Pues bien, Mr. de la Chaumiere; buscadnos la partida de bautismo, la historia, y si es posible, el libro de memorias de la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves.

—¡Ah! dijo Mr. de la Chaumiere; ese encargo me lo he hecho yo á mi mismo desde que la ví, y ya he averiguado algo; pero lo que he averiguado nos pone mas en confusión: doña María de la Azucena Díaz de Montenegro, marquesa de Nuestra Señora de las Nieves, ha sido educada en el convento de Trinitarias de Madrid, bajo la dirección de la madre Sinfonosa de Santa María de la O, y ha permanecido en el convento desde la edad de cuatro años hasta la de catorce, en cuya época la sacó de él un gitano que pasaba por su padre.

—¡Oh! veo detrás de todo eso un magnífico misterio, dijo la princesa de Tilly; venios, venios acá, al hueco de un balcón, Mr. de la Chaumiere: esas jóvenes están con el oído tan largo; y lo que hablamos ya comprenderéis que es demasiado importante.

Y la señora de Tilly se dirigió al profundo hueco de uno de los balcones.

—Sentémonos y hagamos de este sitio un confeso-

Ignorábase cómo diablos había aprendido Mr. Horacio Prevaux á afetar y á pelnar, porque constaba su antigua nobleza de solar, su buena fortuna, y el haber sido, apesar de que no contaba mas de treinta años, capitán de mosqueteros rojos del rey Luis XIV.

Quando se hacia, bromeando, esta pregunta á Mr. de la Chaumiere, éste contestaba sonriendo:

—Los reyes tienen caprichos, y es una desgracia no satisfacer bien el capricho de un rey: quien está al lado de uno de estos señores, debe saberlo todo.

—Pues os prendo por esa cualidad de sabiduría universal de que os jactais, dijo la princesa de Tilly, azafata mayor de la reina, un día que en la antecámara oyó aquella respuesta á Mr. de la Chaumiere.

—Preso por vos; señora, dijo este, estoy seguro de ser tratado tan bien, que me dá espanto el solo pensamiento de que me devolvais la libertad.

—Os prendo, dijo la princesa de Tilly, para hacer os un encargo en nombre de todas las damas de la corte, puesto que para todo servís.

—El encargo, señora, contestó Mr. Horacio, será tan bueno como vuestro, y estoy seguro de que escitará tanto mi imaginación el deseo de complaceros,

CAPITULO XVI

Monsieur Horacio Prevaux de la Chaumiere

En la corte con extrañeza la creación de María de la Azucena en grande de España, con el título de marquesa de Nuestra Señora de las Nieves, con una renta bastante sobre algunas tierras del patrimonio real que Felipe V cedió á Azucena.

Nadie podía objetar nada á esto, porque en la po-